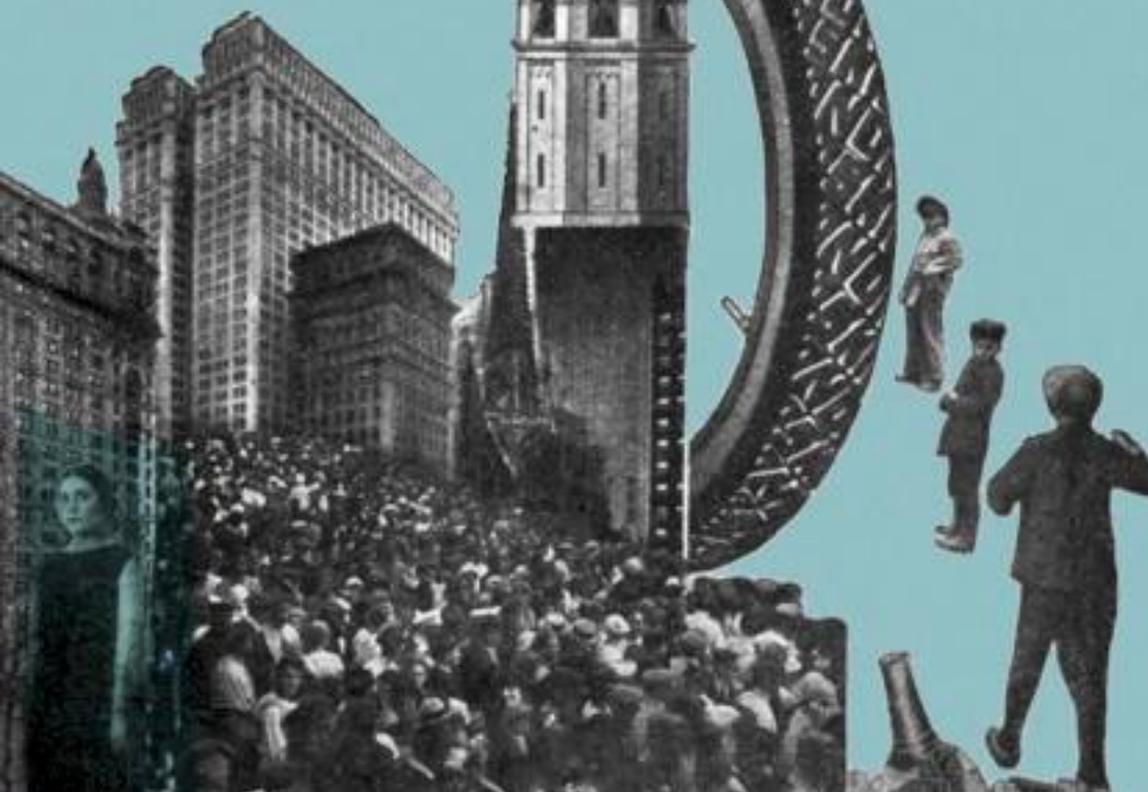


ELEVACIÓN

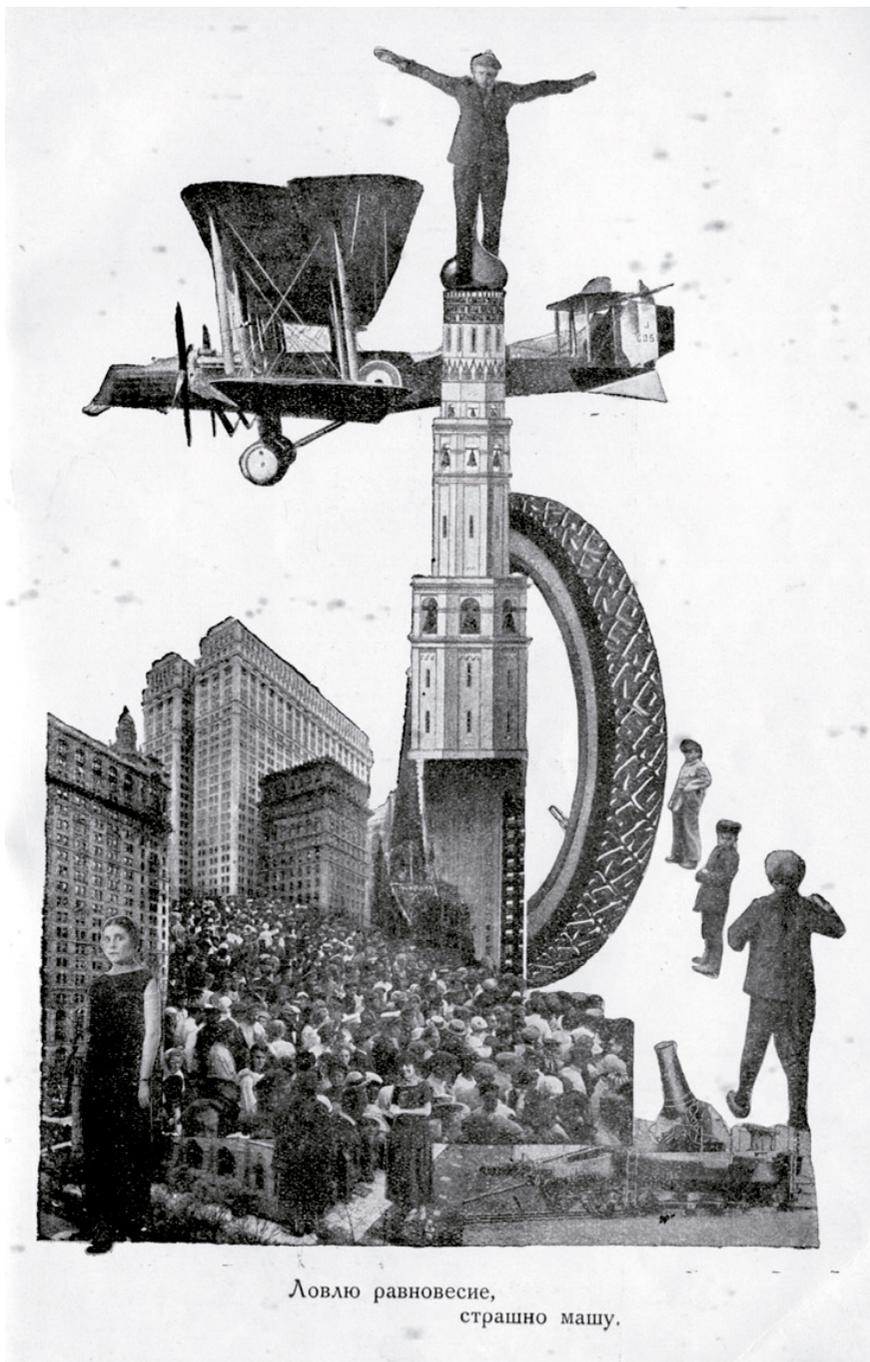


Henri Barbusse

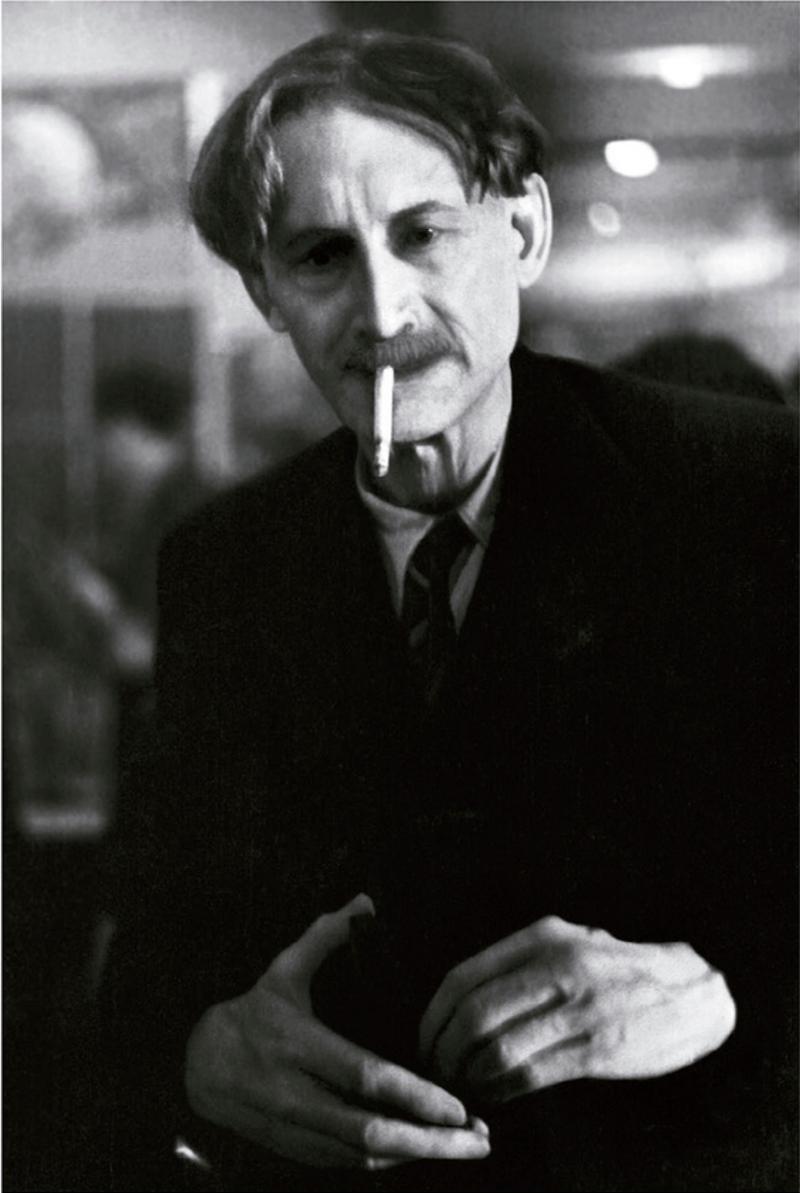
*Traducción de
Cesar Vallejo*



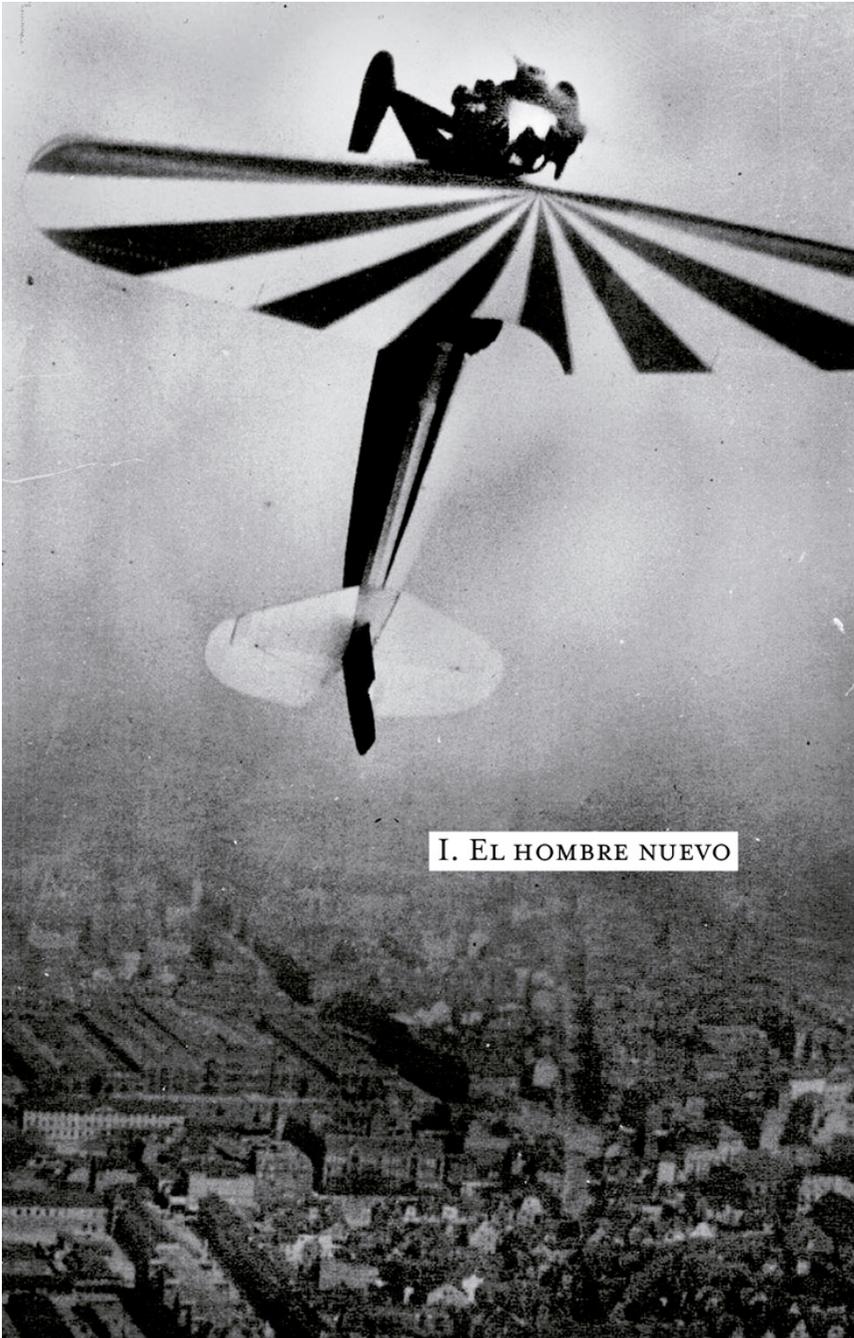
Dos aviadores en la década de los años 20 parten con un trimotor en un vuelo experimental para probar diversas condiciones de carga y transmisiones. En su periplo recorren diversos pueblos de África y Eurasia, encontrándose con pueblos prehistóricos abandonados y pueblos oprimidos, lo que contrasta con la opulencia francesa. Los pilotos toman conciencia de la importancia de los movimientos sociales en el progreso del individuo. Testigos desde los cielos, la epopeya de los aeronautas es una metáfora de la de los pueblos sometidos en las primeras décadas del siglo XX y una apuesta de lo colectivo sobre lo individual.



Ловлю равновесие,
страшно машу.



Henri Barbusse



En la sala de la Escuela de Aviación, un grupo de alumnos forma círculo en torno a un plano de vuelo, que ellos contemplan inclinados, como si fuese el fuego de un hogar. Una voz se levanta y es la voz del plano. Ella calcula la pérdida de energía por frotamiento o viscosidad, la inclinación de la superficie del avión, el rendimiento del metro superficial de ala y la lucha violenta entre el coeficiente de seguridad y el mínimo de peso. Nuestras graves figuras se destacan con un fuerte relieve, inclinándose a descubrir lo desconocido y evocando, de detalle en detalle, la presencia sobrenatural de la ciencia en las cosas. Una sola cadena circular de atención reúne todas nuestras frentes. Yo siento el volumen y el peso de mi cabeza entre las de los otros, puesto que yo soy yo, y en mi rostro, que yo conozco tanto, tengo algo de los rostros que hay aquí.

Lo que la voz del plano ha dicho, queda suspenso entre nosotros, nutriendo nuestros cerebros. Es la disputa a ciegas del hombre –que sabe hallar lo que busca, pero fallible– con la máquina infalible. Es el drama de la exactitud. Milagros se prepara en esta escena. Los jóvenes pilotos son los magos que convierten lo abstracto en concreto y crecen apoyándose en el mundo.

Una mañana de primavera he volado sobre Francia. Viajero disparado por un cañón y que lleva consigo el estallido, avanzo en medio de un verdadero cataclismo, acosado por un ruido espantoso y azotado por un viento infernal. A lo lejos, entre una danza vertiginosa de perspectivas, veo arrebatarse el mundo al infinito. Un proyectil cor-

tando los espacios: he aquí nuestro aparato. Dos pares de ojos se abren sobre un remolino: el universo. El objeto en que vamos está hecho de células y planos de metal, y formado de un vientre repleto de esencia como un tanque-cisterna, de una maquinaria completa y giratoria, de un paquete, que es el piloto asido al juego de ruedas, y de mí, molusco terriblemente inseparable de mi asiento. El conjunto es compacto y encrespado, formando un solo cuerpo, una cosa muy maciza, arrancada del suelo y extirpada de su peso, lanzada al aire y susceptible de caer, pero dotada de una fuerza pavorosa que se atornilla en el aire a todo vuelo y a golpe de explosiones. Este duro objeto, al rodar sobre el hidrógeno y el oxígeno, con el ruido atronador de un tren de carga, resulta ser el centro de horizontes que se contrapesan y se dilatan y que no son otra cosa sino los propios bordes del pozo universal. Somos la tempestad portátil en un tiempo magnífico. Sentimos en el vientre el balance y el cabeceo del mapamundi (el balance de Este a Oeste; el cabeceo de Norte a Sur), y miramos, al azar, aquí y allá, atontados, a causa del mucho pensamiento, golpeada la cabeza por el infinito concreto.

Vuelvo a ver, en pensamiento, a todas las personas que, hace un instante, nos rodeaban a nuestra partida, en el aeródromo. Mientras me arrojé ruidosamente al cielo, vuelvo a verlas frente a mí, tamaño natural, como hace un momento. Esas gentes eran todo mi destino, sacado de pronto como de una caja y colocado allí en torno mío. Aparecían como formadas en serie, relatando mi historia en estilo telegráfico, y cada una de ellas alzándose en el primer plano de un sector de mi pasado. A partir de cada una de ellas, se abrían por fragmentos divergentes, como las imágenes de Epinal, mis perspectivas personales sucesivas: la madre vieja, en saya encendida, rígida como un tiesto de flores, con sus ojos tiernos y su rostro acartona-

do, en el que los burdos colores están como añadidos. Ella obstruía el decorado de la aldea natal. Luego, mi hermanito *Alambre*, pegado a la falda de mi madre, y el espectro esfumado e inclinado de mi padre marchándose. Después, por encima, del panorama urbano, donde de niño solía deslizarme, y superponiéndose sobre los decorados geométricos de los cursos de la tarde, estriados y tallados, blanco y negro, por la luz del gas, erguía la silueta del señor Bastien, el maestro y el guía, con sus tesoros de paciencia, cubiertos por sus anteojos. Bajo un pórtico de fábrica, dos hombres, formando pantalla, más acá del patio hormigueante: son los dos compañeros de taller, Corrad y Bricheton, con quienes he corrido en bicicleta los domingos, antes de entrar en la Aviación. Por último, recamando la Escuela de Aviación, los aeródromos, las primeras audacias y los primeros éxitos, el capitán Bernard, Fortuot, Billet y *tutti quanti*. Y en aquel momento de la partida, llenando la explanada, un ruido de órgano y un decorado de ópera sobre el terreno libre e ilimitado. Allí estaban los enormes depósitos de piezas y aparatos monstruosos y las oficinas de transportes aéreos, pintarrajeadas ya de *affiches* comerciales y turísticos. (La resonante publicidad irá desarrollándose paralelamente a los ferrocarriles y a los *paquebots*.) A mi lado, y muy cerca, dos personajes importantes: la hermosa Laura Fergusson, cuya mirada eléctrica despierta en mí, cada vez que choca con la mía, una fuerte conmoción, y el representante de Hixson y Compañía.

En el aeródromo, sembrado de trecho en trecho de testigos, formando coronas en torno cada cual de su negocio aéreo, no había en nuestro círculo la fiebre de las grandes partidas. Nada de eso: yo partía con Béloir, alternándonos en el pilotaje del avión, no para un *record* ni con un itinerario preciso, sino a la aventura —puede decirse— y con el propósito de realizar diversos ensayos de al-

tura, de velocidad y de resistencia, y también experiencias de visibilidad, de alcance fotográfico y de radio.

El amplio aeroplano de aluminio erguía-se como un extraño insecto, con las dimensiones de un navío y el color de un acorazado y con sus tres motores, sus tres cabezas minúsculas en las antenas giratorias y las grandes letras negras que le cubren de una pintura mágica. Los expertos, entre los que figuraba un periodista célebre y tan célebre como la *mosca del coche* del cuento, constataron hasta la saciedad el utillaje perfeccionado de que estaba provisto el aeroplano. Nuestra originalidad radicaba en partir entre dos, con más de diez mil kilos de carga útil, aparatos diversos, piezas de repuesto y combustible.

... He allí todos los seres terrestres, en los cuales quedan anotados los puntos esenciales que conciernen a mi vida. Excepción hecha de mi madre, que me ama realmente, los otros no son, más o menos, sino unos enemigos encubiertos. Aquí abajo, las amistades y los amores sólo son alianzas políticas, concluidas entre adversarios, tanto menos durables, cuanto más fuertes son. (Desmesuradas, insolubles, odiosas particularidades de cada uno.) Sea de ello lo que fuere, tales eran, en mi perspectiva individual, aquellos grandes planos. Y puesto que dos realidades capitales se imponían actualmente en mi vida (el inesperado contrato Hikson y el amor de Laura), los planes risueños y de primera magnitud dominaban, lado a lado, el conjunto de mis perspectivas.

Luego, bruscamente, cambia el mundo. Tras los abrazos, tras el ruido sordo y confuso, tras de la instalación en el aparato, aquella colección de seres se desliza hacia atrás, se distiende, se rompe. Es que la silla estrecha en que Béloir y yo nos hemos instalado, ha partido en línea horizontal y, luego, el ascensor vertiginoso ha saltado de veinte en veinte pisos, de cien en cien pisos, en la gran ar-

quitectura vacía del espacio y a lo largo de una extraordinaria cremallera de ruido.

Resulta casi imposible acostumbrarse a tales sensaciones. Tú tienes una silla suspendida sobre nada, en medio del cielo. Hacia abajo, disciernes, a través de una muselina de distancia, la geometría continental, que se hace y se deshace. Podrías caer como una piedra y pulverizarte, pero el motor gruñe y tú logras sostenerte. Permaneces así en suspenso, mantenido a la fuerza en las alturas vacías, a un kilómetro más arriba de las cosas. Con la máquina que se te sube a través del cuerpo devanas, a lo lejos, un rodillo monstruoso de papel pintado: la superficie del globo.

«No soy yo quien se mueve, sino todo lo demás». De pronto, en tanto avanzabas en la pista acepillada por tu velocidad, arremolinándose las ruedas a tus pies, has visto hundirse el suelo y los campos torrenciales y resbalar furiosamente, de adelante hacia atrás, como correas de transmisión y sumirse en el fondo de los fondos, uno tras otro, a manera de compartimentos de un relieve kaleidoscópico. Contra tu oreja hay un ruido sofrenado de indómita ametralladora y sopla un viento tal, que si no amarras la manga a tu muñeca, te penetra hasta el hueso por allí. Y tú te crees sentado, inmóvil, en medio de un fantástico cambio de espectáculo, que te sopla por arriba hasta aplastarte. No te das cuenta que ese viento no es más que tu propia velocidad.

Al comienzo, mientras te parecía no haber hecho sino unos cuantos saltos tranquilos, aunque ruidosos, por sobre una región que se desenroscaba registrándose en un contador expuesto ante tus ojos, estabas deslumbrado de leer y constatar que habías devorado cien kilómetros...

Las gentes del aeródromo han empezado a empequeñecerse. Primero son enanos; después, liliputienses. Tal un desgarramiento ya que, aun retenidas en mi espíritu, se

alejan, sin embargo, a la mirada. ¿En qué quedan lo que se llama sus «características»? Estas criaturas masculinas y femeninas no son ahora sino «hombres», llenando de puntos la tela de abajo. Ya no podemos compararnos con ellos. Hemos empezado a cambiar de especie.

La ofensiva de lo real nos obliga a pintar sirviéndonos tan sólo de los ojos. Lienzos de extensión terrestre surgen, se desnudan, corren hacia atrás, contruidos y usados en un abrir y cerrar de ojos. Somos una fábrica de cosas. Allá abajo se edifica una ciudad y se aproxima toda entera. Un arrabal viene a nosotros, precipitándose con tambor y trompeta; nos rompe la vista y luego huye a reculones y zozobra. Multitud de callejuelas han recorrido sucesivamente el campo óptico que se inclina y vuelve a erguirse, de una sola pieza; plazuelas, jardincillos, pequeñas casas –alvéolos calcáreos con huecos en colores (las casas de las ciudades no tienen la forma que se cree. Son unos pozuelos prismáticos o cúbicos, pegados unos contra otros) –. Las calles se descuartizan las unas a las otras. Las avenidas principales tienen aspecto de molduras. Sobre las rutas planas, vehículos tirados por moscas o movidos por el propio impulso de sus pequeñas masas. La estación ferroviaria es un conjunto de techumbres colocadas sobre un paño negro, rayado de gris. Un diminuto tren mecánico, con su penacho de humo blanco, se desliza delicadamente. Un mundo de juguete es todo esto, funcionando con un ritmo lento y amainado. Nos sentimos niños y jugamos, asombrados, con este panorama. Nos entretenemos en escoger lo que más nos gusta aquí y allá, en este desbordamiento de cosas reducidas. Un edificio blanco en construcción brilla de pronto, como un montón de trozos de azúcar. Aparece un aprisco inmovilizado en un rincón del tapiz neutro. Más acá, un polígono de maniobras, con sus soldados de plomo formando renglones de imprenta. Al borde de la ruta de cuero negro, la industria automovilística muestra sus *affiches*, sus discos rojos, sus garajes en co-

lores, sembrados de trecho en trecho y cambiando el aspecto de los grandes caminos. Resulta curioso ver cómo la distancia que en el suelo oculta las cosas, las muestra aquí, cuando se extiende en línea recta y desde lo alto del cielo. El mundo, de este modo, se descubre mirándolo de arriba. Más todavía. El mundo parece seccionarse, y obtenemos de él una visión anatómica, a la lente. Es una extraña mezcla de grandeza y de pequeñez, y esta grandeza y esta pequeñez parecen salir sucesivamente la una de otra.

En los lineamientos que serpentean o en las plazas, las gentes aparecen como hormigas verticales. Se diría que no se mueven; pero si se observa a alguna de ellas durante un momento, se ve que cambia de sitio. Muchos puntos en color: no sólo son los soldaditos, que se reúnen formando una mancha azul, sino también unos granos de color aislados, tales como un traje rojo o una sombrilla verde.

El aparato se encabrita y subimos en dirección oblicua al espacio, el cual estalla de metro en metro, a nuestro paso. El fin del mundo nos llama y nos atrae furiosamente. Los dos estamos sentados en un rincón semejante al puesto de avance de un automóvil de carrera. Estamos en el corazón de una turbina invisible, que da treinta vueltas por segundo, levanta toneladas métricas como burbujas de jabón e invierte la pesantez universal. Más que en un automóvil, nos parece ir en un barco, con su marcha fluida, sus sacudidas y el fragor de las olas. Nos sentimos amurallados y cercados por el aire. Pero no estamos ni en automóvil ni en barco flotante. Estamos en submarino, bajo los mares cúbicos. Delante de nosotros, la rotación de la hélice endurece el aire, dándole la consistencia del agua, y toda la fachada triangular del aeroplano hace lo mismo con el resto de la atmósfera. Navegantes de la tercera dimensión, entramos en el seno de nuestra ruta, como zambulléndonos. Nuestras sensaciones corresponden a las del marino, pero elevadas al cuadrado.

Abajo, los relieves descienden más y más y la visión se aplana. Las criaturas terrestres no son más que una puntuación desleída y sin color. A medida que subimos, cuesta trabajo ver al ser humano sembrado por el suelo. Ya no se ve sino la sombra alargada que el sol traza a los pies de cada transeúnte. Desaparece todo resto de forma. Es el duelo. La purificación.

Viento y más viento. Y somos nosotros mismos los que fabricamos este viento a torrentes. Hay ante nosotros, en la parte más avanzada del vehículo que galopa de abajo hacia arriba, una ventanilla de vidrio. Si yo me atrevo a sacar la cara fuera de la zona de calma, que esa ventanilla recorta a modo de una azada, el viento me da un golpe furioso, me hunde la nariz en la cabeza como una clavija, y una aguda lámina de aire me penetra en la laringe. De descubrirnos, no sólo seríamos estrujados y golpeados por el viento musculoso, sino que nos ahogaría. Si sacáramos la cabeza en las grandes velocidades, la coalición se produciría en forma fulminante. La descarga del viento nos descuajaría el cuello o, por lo menos, seríamos arrancados del avión y lanzados, el uno junto al otro, en el vacío. Ni siquiera la mano es posible sacar fuera del marco metálico de la ventanilla. Otra mano invisible la coge violentamente, la retuerce y la dobla hacia atrás.

Los motores, enfurecidos, levantan más y más el tono. Se diría que van a estallar de furor. La cabeza piensa con gran rapidez, ya que todo el aparato y nosotros no formamos sino un solo cuerpo. Una arteria va a reventar. Nos encogemos, como ante la inminencia de un desastre. Pero, precisamente, porque nosotros y el aparato somos un solo cuerpo, nos posee un sentimiento de orgullo ante la regularidad con que se producen las descargas interiores («Eso va haciéndose redondo»). El ruido es tal, que Béloir y yo, aunque estamos pegados hombro a hombro, no po-

demos oírnos ni a gritos, y sólo vemos moverse nuestras bocas, como mudos. Pero una línea telefónica de cincuenta centímetros, tendida entre ambos, nos permite conversar, a pesar de la metralla de ruido, de la metralla de golpes inofensivos. Pronto no hacemos caso del rosario de fuego que nos pasa a través de la cabeza. Tales descargas toman en nuestras sienes la forma de latidos de sangre. Ahora, por encima del ruido de los motores, más allá de él y más allá de nuestra cabeza sonora, empezamos a percibir un gran silencio que sube del mundo entero. Nos hallamos más alto que el ruido del mundo y es así como distinguimos, en torno a nuestro paso resonante, el silencio cósmico. Lo distinguimos y lo vemos a pérdida de vista. La extensión que nos rodea tiene sus compartimentos y sentimos con toda claridad que pasamos de un cielo a otro cielo. Ahora estamos en el cielo del silencio.

La máquina se inclina, toma nuestras miradas en gavilla y pelotea con las perspectivas. Después torna a subir siempre y a destruir la soledad del cielo. Sobre el plano inclinado del aire avanza, como una locomotora sobre el tablero de un puente. El viento nos roza entonces con dos placas, a uno y otro lado. Una corriente de alta tensión pasa por el cerebro. Mi tamaño verdadero, mi estatura, se yerguen y se alzan sobre la realidad horizontal y puedo así descubrir un espacio mayor. Todo se resuelve entonces en masas de conjunto y nada –ni personas ni animales– está aislado. Al comienzo, los seres no eran sino simples puntos; después, nada. He aquí un cambio trascendental, un tramo capital de la elevación, que corresponde al silencio infinito en que nos movemos. El ser viviente no puede ya, a partir de este instante, acudir por sus propias fuerzas a las miradas de los escaladores de la atmósfera. Visto desde la cima informe adonde hemos llegado, el mundo –receptáculo de los hombres– no es más que desierto, silencio e inmovilidad. Es entonces que para ver es necesario saber. Las miradas logran abarcar las cosas solamente por

medio de la razón, clara como el día. En nosotros está la cabeza del huracán.

La velocidad levanta y arroja a nuestros ojos la imagen extendida de los países, la película del mundo. La envuelve luego y nos la mete precipitadamente al otro lado de los ojos.

El individuo ha desaparecido en la pequeñez y no vemos sino masas. El viento que nos traslada no recoge del suelo sino los conjuntos. Vastos cuarterones del reino vegetal aparecen a nuestras miradas y, cuando son muy grandes, se amainan suavemente. Son más extensos cuanto más majestuosos. El trigo, la hierba, el árbol hacen su aparición en el mundo inferior en manchas unánimes dentro de su multiplicidad. Se trata aquí de una sustancia nueva, en la que toco el todo sin tocar la parte. La altura diversifica, aunque regulariza. La humanidad no se manifiesta sino por los rostros negruzcos e informes que empañan la cristalización yesosa de las ciudades. Vemos una multitud a manera de hormigueante tapa de una plaza. Vemos las calles que andan, oscuras, entre los blancos ribazos de las casas que se vacían por abajo. He dejado al hombre para dar por la altura con los hombres. El número es un todo que se absorbe de golpe. El número deviene así indivisible. Tiene su forma especial: la bestia del número. La realidad rechaza o devuelve el nombre que se le impuso sin que ella lo supiese. Estamos en contacto con la vida –las cosas y la multitud–, fuente anónima, silenciosa y lenta como la primavera. Estas manchas de vida sobre la tierra nos producen una sensación de monotonía, y ellas son un signo de grandeza, enmaridado a la gran naturaleza. Alzarse y dominar los planos en que antes estuvimos sumergidos por el peso, equivale a descubrirlos y a sembrar en ellos pensamiento a manos llenas. La elevación realiza el paso del desorden al orden. Tal la misma evolución de la Natu-